



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Ἀϊρες Ἰωσήφ

HOMILIA

Domingo del Fariseo y del Publicano

“Oh Dios ten piedad de mi pecador” es la frase del publicano que se mantenía alejado del lugar de los sacrificios y no se atrevía a elevar los ojos al cielo mientras oraba en el templo.

En cambio, el fariseo, lleno de sí mismo, agradecía a Dios por sus virtudes, por sus logros espirituales y personales, por su estatura moral. Uno **se sentía** digno y el otro sabía quién era. Pero el que se sentía digno no fue justificado, porque vivía una fantasía, aquella del ego que hace sentir a los hombres únicos -o al contrario insignificantes- y los empodera con artilugios arteros que siempre caen, son derribados, ante la “Presencia” de Dios. El publicano tiene auto-conocimiento; el fariseo es un idólatra, o peor, un ególatra.

El ególatra, por definición, es hipócrita. Y ¿Qué es la hipocresía sino el preconizar virtudes, valores, acciones, ideas, pensamientos, acciones absolutamente contrarias a los que se tienen? ¿Qué es la soberbia sino la exaltación desmedida del ego? En ambos casos existe una depreciación consiente o inconsciente de la realidad, una de-generación por exceso de la misma.

La persona en las dos situaciones se extrae de la realidad. La voluntad revela la patología del alma, que con el tiempo conlleva al hábito y en consecuencia a la involuntariedad de las actitudes y, consiguientemente, a la patología clínica. En ambos casos la persona **oculta** -o más bien **niega**- aquello que verdaderamente es y hace: en el primer caso por proyectar lo contrario, en el segundo por exacerbar los que supone ser.

Ambas patologías anímicas son muy intrincadas y poderosas, y consecuentemente su purificación y corrección difíciles. Al respecto, San Juan Clímaco expresa: *“Para aquellos de nosotros que no quieren ser humildes, el Señor, en su Providencia, dispuso a nadie mejor para ver nuestros defectos que nuestro prójimo. Así, estamos obligados a atribuir nuestra curación con acción de gracias **no a nosotros mismos**, sino a nuestro prójimo y a Dios.”*

El remedio a estas patologías se encuentra en la humildad y de ésta el autoconocimiento es la raíz: *“Quien se conoce a sí mismo con una extremada sensibilidad del alma, arroja una semilla en la tierra; pero aquellos que no sembraron así, no pueden ver florecer la humildad”* asevera el mismo santo.

El autoconocimiento, la metanoia y la humildad son la puerta al cielo, que por cierto está circunscripto en nuestro propio interior. Es por ello que el publicano recibe la justificación: *“Quien pide a Dios menos de lo que merece, seguramente recibirá más de lo que merece. Es lo que se ve claramente en el ejemplo del publicano: pedía perdón y recibió la justificación; y el ladrón pedía sólo que el Señor se acordara de él en su Reino, pero recibió el paraíso como herencia¹.*

¹. San Juan Clímaco, *La Santa Escala*, XXV, 50, 28,53.